

## Destino

- Qué hacés?

- Acá, más o menos, ando con náuseas.

- El flaquito del secundario?

- No, pelotudo, tengo ganas de vomitar.

- Ahh, bueno, que te mejores. Sabés que me voy a la cancha, ¿no?

- Si, ¡suerte Tino! Ojalá esta vez ganen. ¿Fuiste ayer a ver a la vieja?

- No, qué se yo. Estuve pensando mucho en eso. Y para mí es que nos estamos dejando llevar por lo que dice la vieja esta. Nos hacemos la cabeza y después no somos nosotros. Parece que nos maneja la vida, la gorda. Traté de hablar con los muchachos, pero mucha bola no me dan. Estoy hartito, ¿sabés?, me está costando mucho dormir, estoy comiendo poco, y además, ¿para qué?. ¿Qué sentido tiene saber todo esto, me querés explicar?

Y Faustino terminó de cambiarse y salió para el club. Fue caminando. No eran muchas cuadras y además el boleto de colectivo seguía aumentando, no valía la pena el gasto. Siempre se preguntaba de quién era la culpa del momento del país, y se iba dando cuenta en el camino: un tipo le robaba el diario al canillita, el auto pasaba en rojo y casi atropellaba a una señora con su bebé, y varios gordos de un gremio protestaban en reclamo de la reducción de la semana laboral a 4 días.

Llegó a la sede del club, donde se juntaban con los muchachos para la charla técnica, antes de ir a la platea a ver el primer tiempo del partido de Reserva. Bolsito en mano, entró saludando al presidente con un abrazo y se acercó a la mesa, donde los compañeros que ya habían llegado, estaban reunidos, con la cabeza gacha.

- Buenas

- Tino, qué haces -respondió el Panadero, que se había ganado el mote no por su profesión, sino porque vivía hurgándose la nariz descaradamente.

El resto también lo saludó con una sonrisa, un beso o un cabeceo a la distancia. Faustino notó una depresión general: nadie decía una sola palabra. El Mojarra hacía bolitas con las servilletas de papel, y los cuatro que estaban jugando al truco ni siquiera cantaban en voz alta. Y Tino ya sabía por qué:

- ¿Qué pasa che, con estas caras largas?

- Eh, viste cómo es, Tinito...

- ¿Fueron a lo de la vieja, no?

- ...

- ¡Qué los re mil parió! Les dije muchachos que esto era al pedo. Les repetí una y mil veces que no tiene sentido, que no nos sirve de nada, que de última, todo lo que hace es perjudicarnos...

Silencio en la sala. Pero las cosas no estaban en calma. Faustino se quedó pensativo un rato, puteando en voz bajita. Pero no se pudo aguantar mucho tiempo:

- Bueno, ¿y qué dijo la vieja?

- ¿Y qué va a decir, pelotudo? -dijo el Manija-. Mirá la cara de culo que tenemos todos.

- Bueno, ché, no te pongas así...

- No, si la vida me sonrío. Nos vamos al descenso clavado, este año. Y vos con tus preguntitas pedorras.

Tino lo miró como esperando aún la respuesta a la pregunta que había hecho. El Manija siguió:

- Que perdemos sobre el final, eso dijo. Que el partido estaba empatado. Que lo teníamos controlado hasta que se podría todo. Nos hacían un gol al final, y chau. Y como es Los Plátanos, que está peleando el descenso con nosotros, vamos a quedar ahí de irnos a "la C", ahí mirá -y marcaba una distancia muy chiquita con sus dedos índice y pulgar-

- Vieja puta. ¿Para qué carajo seguimos yendo?

- Bien que cuando decía que ganábamos, ibas con gusto, ¿no?. Además, nunca le erró, la Turca esta, nunca. Si hasta nos dijo cuando te iban a hacer sangrar la nariz, ¿te acordás?

- Si, me acuerdo.

- Y bueno, ahí está: la vieja Turca esta, lo que dice, se cumple. Y hoy perdemos sobre la hora, Tinito, qué se le va a hacer.

Se fueron a ver a la Reserva pensativos, con caras largas. El fútbol era mucho para ellos. Si bien no cobraban un peso con lo que hacían, ganar les daba tranquilidad y felicidad para el resto de la semana. Terminó el primer tiempo y entonces marcharon hacia el vestuario, para cambiarse y empezar con el calentamiento previo.

El Dr. González, que era el técnico, intentaba animarlos. Si bien él también había estado en la visita a la vieja Turca del día anterior, arengaba como si nada hubiera pasado:

- Vamos muchachos, que este partido es muy importante para nosotros. Vamos que con una victoria estamos casi salvados. Necesito que estén concentrados, muchachos, y que jueguen cada pelota como si fuera la última...

Salieron a la cancha y empezó el partido. El trámite era realmente favorable para Deportivo Rocha y en el primer tiempo tuvieron varias situaciones de gol. Pero no encontraban, quizá, la motivación necesaria para ponerse al frente. En el segundo tiempo la cosa parecía mantenerse: Rocha tenía la pelota y Los Plátanos se refugiaban atrás. Faustino controlaba la mitad de cancha con el Mojarra, y el Manija se había perdido varios goles casi hechos.

Faltaban dos minutos y seguían empatados. Pero la cosa cambió un poco: Los Plátanos se animó en un último intento por ganar el partido, y en una jugada muy dudosa el árbitro cobró penal. Los muchachos de Rocha le protestaron una y mil veces; lo querían matar. El Panadero, descasillado, se acordó de todas sus parientes femeninas. El Dr. González se agarraba la cabeza y pateaba el costado del banco de suplentes. Pero la cosa estaba sentenciada. Lo mismo pensaron Tino y todos sus compañeros. El árbitro tocó el silbato y Tino cerró los ojos: no quería ver cómo su equipo quedaba al borde del descenso. Un silencio de velorio por varios segundos y después: ¡el ruido de la tribuna festejando! Tino abrió rápidamente los ojos para ver al Gamuza, con na sonrisa de oreja a oreja y la pelota entre las manos, mostrándola como un trofeo. Levantó la mano y la pelota le fue a él. Sin pensar, mandó un rechazo para adelante. La pelota fue derecho al pie del Manija, quien asó a un defensor, al arquero y la clavó al lado del palo. La gente explotaba delirante. Los muchachos de Rocha no lo podían creer: corrieron a abrazar al Manija mientras el árbitro anunciaba el final del partido. Emocionados festejaron cerca de la tribuna y se abrazaron mientras cantaban y hacían hurras.

Atrás del alambrado, en un costadito con sombra, apartada, la vieja Turca sonreía mientras miraba a los jugadores abrazarse.